

El ciclo del señor Philidor

Por Carlos MARTÍNEZ MORENO

Dibujos de Enrique ECHEVERRÍA

Ellos tenían una superstición: la de que —de tiempo en tiempo— el ministerio enviaba un inspector a que los vigilase. Naturalmente, para ser eficaz debería tratarse de una vigilancia clandestina. Por eso, el Inspector aparecía siempre como un alienado más. Traía su pase desde Montevideo a la colonia, era destinado a uno de los pabellones y hacía la vida de un asilado común.

No sé concretamente cuál era el signo exterior que les permitía distinguirlo; acaso fuera uno diverso en cada ocasión, porque también se suponía que la imaginación del ministerio era inagotable.

Este tipo de supersticiones es más corriente de lo que se cree, y prende en las gentes a las que uno pudiera considerar más abyectamente inmunes a la credulidad, a una forma inocente y expuesta de candor. Entre los criminales, por ejemplo. En mis años de notificador de un juzgado del Crimen, pude apreciar algunas de esas ingenuas suposiciones: la de que se iban a dictar amnistías excepcionales por causa de celebraciones patrias, la de que tal centenario se conmemoraría acortando las condenas, la de que en época de visita de cárceles se podría enternecer a los jueces de la Suprema Corte publicando la *Balada de la Cárcel de Reading*. Es claro que siempre había alguien que echaba a correr tales versiones y se aventajaba con ellas, elaborando curiosos petitorios reverenciales, que los demás compraban para merecer esa gracia imaginaria; andaban unos escritos plagados de tanta ceremonia como faltas de ortografía, tarifados a precio fijo. Los redactaba siempre el mismo preso, y prosperaba con tales agucias. (Nunca pude saber cómo salía de ellas.)

Cuando llegé a la colonia, una expectativa disponible me invistió, de modo súbito, de la condición de Inspector. Aparentemente, había razones que lo justificaban: yo era amigo del Director y hasta nos tuteábamos. Ambos pertenecíamos a un curioso tipo de cofradía, hoy en trance de extinción: la de los ajedrecistas del Británico. Largas noches pasadas en el café, discutiendo partidas célebres o porfiando las nuestras, nos habían creado esa índole de amistad espectral, que no resiste a la luz del día. O que sólo la resiste al amparo de otras condiciones igualmente lunáticas, como las que supone un gran manicomio al aire libre; o una colonia psiquiátrica, si es que queda más elegante llamarle así.

Yo sobrellevo un viejo diagnóstico de psicópata: introversión, autismo, mutismos melancólicos y también exaltaciones incoercibles, todo eso figura en mi ficha desde tiempo atrás. Empezaron a atrasarse las notificaciones del juzgado y sentí de pronto una inseparable desgana de cumplirlas. Habría preferido matarme a tener que hacerlas. Tuve que aducir algo y el médico de certificaciones se sorprendió —casi agradablemente— al escucharme describir mi reseca interior, una suerte de torva inafectividad, de indiferencia por mi mujer y por mis hijos, que le expliqué y razoné largamente. Después supe que —además de médico de certificaciones— era aprendiz de psiquiatra. Como en una broma, fui entrando paso a paso por la galería, cada vez más estrecha, cada vez más enrarecida, que conduce a los diagnósticos de los alienistas y a las colonias; tortuosas y lóbregas galerías, por verde y soleada que sea la colonia a los ojos del visitante.

Vestigios de una antigua dignidad raída, que podía pasar por un truco o por un disfraz, mis largos bigotes de guías pendientes, mi pelo ensortijado y sin cortar y —vuelvo a decirlo— mi fácil confianza elíptica con el Director (una clase de confianza que se expresa sin palabras inteligibles para el profano, como cuando uno dice rápidamente "Alfil reina cuatro alfil rey") me sindicaron en seguida. Yo era el Inspector que llegaba para expiarlos, para elevar luego un informe sobre sus abusos o venalidades, sobre las raterías que ellos tenían el hábito y el embotamiento de realizar. Veían en mí el sumario próximo, la pérdida del derecho a jubilación o el allanamiento de esos nidos de urracas en que habían convertido sus viviendas dentro de la colonia. Una perspectiva enfilada de jueces, fiscales, nuevos y más altos inspectores empujaba insensiblemente detrás de mí, me levitaba hasta el terror, hacía pavorosa mi presencia.

En cuanto me instalé y, en un rincón de uno de los más viejos y destartados pabellones, junto a la salamandra y a su provisión de antracita, me tendieron un camastro y me dieron un velador de hierro, pintado de blanco sobre las mismas escoriaciones de su herrumbre, empecé a notar una extraña solicitud, una desasosegada oficiosidad alrededor de mí. Los sirvientes y los enfermos parecían turnarse en una danza sigilosa, que a veces estallaba en pequeños ademanes equívocos o untuosos, en deferencias ambiguas y a primera vista disparatadas. Me daban la sensación de estar complotados para evitar que se me cayera al suelo un papel, que se me arrugara una sábana, que se me abollara una almohada. A todo proveían con dedos comidos, con una sonrisa servil o, por la noche, con una presencia insomne y patrocinante a los pies de mi cama. Los mismos asilados, que seguramente habían sido vejados, golpeados o manejados a empellones, descargaban en mí la recelosa estupefacción que sentían al verse mejor tratados, ayudados a levantar, traídos de orinales y de pócimas que en otros tiempos debían procurarse solos. Las jeringas que antes se enjugaban en trozos de diarios pasaban, en una esquina de la sala, a hervirse en la tisanería, tras cada aplicación.

Al principio no me habían dado la razón de su desvelo, de su trémula obsequiosidad, de su inventiva y sutil obediencia. Pronto pude advertir que yo era "el Señor" Vélez, en tanto los otros internados apenas existían sin nombre y —mucho menos— sin ningún tratamiento antepuesto a sus patronímicos, cuando el guardián o el enfermero podían recordarlos.

Para tantear el terreno, me di a formular distraídamente —en el curso errabundo de una conversación— algunos vagos deseos realizables, pero absolutamente fuera de rutina: cómo me gustaría tener una taza de leche tibia antes de dormir, o un manojo de flores, de esas que abundaban en los jardines, en un vaso junto a la cabecera. La leche y las flores aparecían de pronto, milagrosamente puestas por nadie y de golpe, como si fueran objetos de una película de dibujos animados.

Más adelante, si yo no pedía, eran ellos quienes se adelantaban a ofrecerme algo: —Señor Vélez, a las doce córrase un minuto hasta atrás del galpón, que lo esperamos con un churrasquito.

Y el churrasquito era el mejor pedazo de lomo, hecho a las brasas.

La satisfacción de una apetencia más arriesgada —y sólo posible de saciar mediante el despojo— pudo haber llegado a ensoberbecerme, si un fondo medroso de desazón no conturbara ese señorío de causa ignota en que otros estaban haciéndome soñar, desvariar o vivir. Un día, dando un largo rodeo a través de las chacras, fui a parar a una desvencijada casilla o invernáculo de macetas y a un cuartucho de guardar palas y azadas, donde trabajaba y dormía un pintor loco, escueto e ínfimo, que estaba asilado desde años atrás, con diagnóstico de irrecuperable. Vi los cuadros o, mejor dicho, las cartulinas dibujadas y acuareladas, donde aparecían vírgenes góticas, con las grandes manos cruzadas sobre fondos de vitrales o palomas, de escalinatas o de cementerios. Sus caras eran seráficas, tenían una carnalidad tranquila y misteriosa, un aire de bobería angélica que no era de este mundo. Quise llevarme una de las láminas pero, con una terquedad suave e invencible, con una dulzura obstinada e irracional, el pintor se opuso. "Después, después" —repetía mientras se acercaba a uno de los rincones y dejaba descansar la mano flaquísima sobre el mango de una azada. Primero me enfurecí y pensé en castigarlo, sacándole lo que quería. Luego, un extraño sentimiento de miedo —que brotaba de las caras de las vírgenes más que de la mano en la azada— y una confusa veneración me detuvieron. Pero al volver a la rueda de vigilantes referí, con una codicia calculadora, mi deslumbramiento por una de las láminas —que describí prolijamente— y la negativa del artista a prestármela. A la noche siguiente, al destender mi cama para meterme en ella, encontré la lámina; había sido deslizada por alguien entre las sábanas. La miré posesivamente y la guardé bajo el colchón. La observaba a menudo con arrobamiento, como si fuera una estampa, pero —con toda incongruencia— la olvidé al irme.

Y bien. Por más que aún no había averiguado el motivo de tantas y tan peregrinas distinciones, tuve la vanidad de atribuir las a mi conversación, a mis cuentos y las pequeñas fantasías que habían ido naciendo degenerativamente del desgaste de esos cuentos, a las anécdotas reales o apócrifas de Lasker, Capablanca y Alekhin. Llegué a pensar en mis dotes ignoradas para hacer prosélitos. ¿Qué tal sería como político, si me ensayara?

Por la madrugada, uno de mis compañeros de dormitorio "se agitó", como se dice en jerga de hospital. En su delirio, el hombre se volvía hacia mí vociferando, y finalmente trató de golpearme. Los sirvientes, los enfermeros y los vigilantes nocturnos se multiplicaron para contenerlo, para tumbarlo en su camastro y para aquietarlo con una inyección, que lo hizo pasar de una alucinación a un sopor profundo, con un ronquido que era mucho menos soportable que su cólera.

Sobre el trabajo benemérito que creían haber hecho por mí, cuando otra vez bajaron las luces de la sala y el letargo y la acritud volvieron a cundir sobre aquel montón de cuerpos dormidos, el vigilante de turno se acercó y me dijo, perdido ya valerosamente el sentido de las apariencias:

—Pudo haberlo pasado muy mal, si no intervenimos a tiempo. Pero no puede negarse que usted es un hombre muy sereno, Señor Inspector.

Su primer error era el de tomar por temple lo que era mi absoluta ajenidad: mantuve la calma porque nunca pude entrar cabalmente en las visiones del agitado, porque lo vi en todo instante como un espectáculo en el que yo no fuera a participar, porque el mundo de su agresividad y de sus figuraciones no alcanzó a comunicarse en ningún momento con mi mundo de aquel día, desolado y lunar. El segundo error me dio la clave de la quincena de adulaciones, de halagos, de presas de pollo y de tragos de vino casero, contrabandeados para mis comidas: me suponían un inspector y me trataban en consecuencia.

Festejé a carcajadas la suposición, y aquello no hizo más que afirmar al pobre hombre en la certidumbre de que me habían descubierto. Me explicó entonces la tesis circulante y

la ilustró con episodios del pasado: los inspectores habían sido alternativamente viejecitos caducos, mujeres, jóvenes insolentes y hasta —en un caso— un perfecto simulador de imbecilidad, que dejaba caer de su boca un hilo de saliva interminable pero se delataba en una mirada feroz, a la que no podía escapársele un solo detalle. "Si me lo permite, le diré que usted ha sido el más sencillo de todos, el más fácil y el más lógico."

No volvieron a invocar mi condición ni supe si las confidencias del vigilante nocturno habían sido transmitidas a los demás, y si todos procedían en el tácito acuerdo de que —entre ellos y yo— el reparto de papeles estuviera definitivamente adjudicado.

Para cultivar su extravío, yo solía incurrir en pequeños refinamientos perversos, que consistían en trabucar deliberadamente una frase, de modo que el lapsus momentáneo esplendiera ante todos, y los hiciera cruzarse una rápida, una relampagueante mirada triunfal. Les refería andanzas de mi pasado de notificador, historia de cedulones, anécdotas de presos y de baranda judicial. Y de pronto, en el momento de mayor entusiasmo del relato, les dejaba caer "Aquella tarde en el ministerio..." — y rápidamente, con una turbación estudiada: "digo, en el juzgado".

La palabra *ministerio* era talismánica, les llamaba infaliblemente la atención sobre aquello que les convenía olvidar. Se miraban apenas, como para no dejarme entender que lo habían pescado, y yo me reponía en seguida y reanudaba la historia, que seguramente les interesaba menos que el yerro y que el hallazgo en que el yerro los confirmaba.

Una tarde de otoño fui al despacho del Director (porque, entre tanto, había pasado a trabajar en las oficinas y vestía una túnica de funcionario, que reforzaba mi posición ambivalente de enfermo y autoridad) llevándole unos papeles a firmar. Él estaba sentado detrás de su escritorio y tenía la caja de piezas de ajedrez a medio volcar, en tanto paseaba unas pocas —ensismadamente— por el tablero. Estudiaba el problema aparecido en una revista de ajedrez (las negras juegan y dan mate





en tres movimientos) y me consultó sobre la posible y esquivada solución. Barajamos combinaciones —un rey, tres peones y un caballo contra un rey, un alfil y tres peones, uno de ellos destinado a convertirse en dama— y al cabo de tres cuartos de hora, que se evaporaron en el obsesionante interés de la pesquisa, la charada saltó. El Director lo celebró explosivamente, y me retuvo aún una media hora más, hablándome de sus lecturas de ajedrez, de los viejos manuales, de las posibilidades infinitas de perfección que cabían en un tablero de sesenta y cuatro casillas. Así fue como dijo.

Cuando finalmente salí del despacho —y vieron, en medio de mi abstracción, que traía de vuelta los papeles sin firmar— no tuvieron dudas. El empecinado revuelo, el sordo cloqueo de corredores había terminado por desembocar en la única explicación admisible: yo estaba rindiendo mi informe y de ese informe surgirían las medidas a tomarse.

Al otro día sorprendí una murmuración bisbiseada entre dos guardianes: la Intendencia de la colonia sería intervenida y (seguramente con un oído pegado a la cerradura) había podido saberse que el interventor vendría de Montevideo y se llamaba Philidor. Entonces recordé que, efectivamente, habíamos citado varias veces —con gran encomio— aquel manualito clásico.

Evoco este momento como la coyuntura crítica, como el punto en que la tensión llega a un máximo y decae, como la inflexión de la curva. Ya había rendido mi informe y ahora tendría que irme. Philidor llegaría de un momento a otro y yo debería ser transferido —como espía— a algún hospital del interior del país.

Imbuído de esa ficción compulsiva que las circunstancias me habían asignado, dispuesto a confundirme con ella, pedí el alta. Pero tanto el médico de sala como el Director me la negaron. “Todavía te hace falta descansar un tiempo más —me dijo bondadosamente el Director—. Yo tenía entendido que aún te duraba la licencia. Podemos hacértela prorrogar, en todo caso. Fuera de eso, no comprendo tu urgencia por irte. Me he dado cuenta de que, como tú sabes amigo mío, se extreman en tratarte bien.”

Tuve que confesarle que no tenía quejas. Pero su amistad no podía seguirme protegiendo, más allá de la misión cumplida. Al otro día, el vaso de leche faltó en el velador; y las flores, ya mustias, no fueron cambiadas. La vieja deferencia empezó a trasmutarse en desabrimiento y perentoriedad. Comencé a ver cómo, irreparablemente, los enfermos volvían a ser golpeados y empujados en mi presencia, cómo se estregaba la jeringa en el borde sucio y deshilachado de las frazadas color ratón. El mundo de la odiosa rutina recuperaba, a mi alrededor, su antigua cara.

Presentí que ese regreso a la normalidad estaba a punto de saltar sobre mí: mi trago de vino y mi churrasco, los pequeños comedimientos dispensados para sobornarme se habían ido, apuntaban quizás a alguien que hubiera acabado de llegar.

Y así fue. A media mañana vi a un ser inverosímil, altísimo, desgarbado, con una pipa colgando negligentemente de una de las comisuras de su triste boca, pasearse como un rey destronado pero impertinente por el largo camino de casuarinas que llevaba hasta mi pabellón. Y noté que lo seguía, distante y discreta, emboscándose detrás de los árboles, lista a actuar, la ceremonia, el complicado y desmontable ritual que ya había desertado de mi orilla.

Supe lo que aquello prometía, en deterioro y en vejaciones retrospectivas. Lo supe, sobre todo, cuando oí que, cuchicheando el nombre auténtico del recién llegado, el apellido verdadero que se escondía tras la falsedad de su registro como paciente, lo llamaban “el señor Philidor”.

Comprendí que era inútil insistir en el alta. Me puse a marchar bajo el sol de mediodía, hasta que di con uno de los lindes de la colonia —un límite protegido por las alturas hirsutas de un maizal— y, encogiéndome para pasar sin que me desollaran los alambres de púas, gané la carretera. Mi amistad con el Director me había eximido del uso de uniforme, y pude pasar por un caminante de esos que abundan en la campaña. Volví a casa, dije estar curado y hasta hoy toda mi gente lo cree. Eso sí: nunca he podido saber cómo habrá terminado —a su vez— el ciclo del señor Philidor.